

El formador: “hermeneuta”. Intérprete, Maestro y Acompañante

José Iván Castaño Gómez*

Sumario

Con el propósito de contribuir a la descripción del perfil del formador de los futuros presbíteros, el autor retoma una categoría que se ha consolidado en el campo de la literatura en general y de la Sagrada Escritura en particular: la hermenéutica.

Después de un breve estudio sobre los términos *hermenéutica* y *hermeneuta* se describe al formador como aquel que ha de tener la capacidad de conocer al seminarista e interpretar sus procesos vocacionales: los procesos de Dios en la vida del formando y los procesos personales del formando en respuesta al llamado de Dios.

Desde esta comprensión, el autor describe al formador como Intérprete, Maestro y Acompañante

* Licenciado en Teología con énfasis en formación sacerdotal por el Instituto Teológico Pastoral para América Latina - ITEPAL en convenio con la Pontificia Universidad Bolivariana. Bogotá, Colombia. El presente artículo hace parte de su trabajo de grado: El formador hermeneuta, intérprete, maestro y acompañante de los procesos de Dios y de los procesos personales en la vida del formando.



y lo llama a cultivar las competencias necesarias a fin de cumplir con la tarea que la iglesia le encomienda.

Palabras clave: Hermenéutica, Formación sacerdotal, Formador, Formando, Competencias, Procesos vocacionales.

The Formator: Interpreter, Master and Companion

Abstract

With the objective to contribute to the drawing the profile of the formator of future priests, the author retakes the category established in literature and especially in Sacred Scripture; the hermeneutic.

After a brief summary of the terms hermeneutics and the hermeneutic the formator is described as one who has the ability to know the seminarian and interpret his vocational processes: the processes of God in the life of the person in formation as response to the call of God.

From this understanding, the author the formator as Interpreter, Master and Companion and invites him to cultivate the necessary skills for the task entrusted by the Church.

Key words: Hermeneutic, Priestly Formation, Formator, Skills, Vocational Processes.



Desde hace algunos años se viene hablando de los distintos perfiles sacerdotales, elaborados a partir de las diferentes necesidades espirituales, pastorales y formativas de cada diócesis o país. La formación sacerdotal no puede ser ajena a tener claridad sobre aquellos elementos constitutivos e indispensables a la hora de ejercer tan exigente tarea, por tanto es necesario tener un perfil del formador en el cual se denoten ciertas capacidades y actitudes que respondan a las exigencias de los jóvenes de nuestra época.

Quiero adentrarme en un perfil, que me parece interesante y necesario hoy en cuanto a la formación sacerdotal: la del formador como “Hermeneuta”, aquel que ha de comprender lo indispensable de la vida del formando (lo humano, psicológico y espiritual) acompañándolo en los procesos de discernimiento de la vida Divina en su propio ser y así llevarlo a que libremente se disponga a responder a su vocación fiel y comprometidamente.

1. Generalidades terminológicas

Es indispensable, al hablar del formador como hermeneuta, tratar de dar una corta explicación de los términos hermenéutica y hermeneuta, para desarrollar la propuesta del perfil del formador ya enunciado.

a) La Hermenéutica

El término Hermenéutica, del griego ερμηνεία, αξ, η (hermeneia) es entendido como “traducción o interpretación” y nace de la raíz griega ερμηνευο (hermeneuo) que a la vez se traduce como “interpretar o traducir”¹.

¹ BALZ, Horst; SCHNEIDER, Gerhard, Ed. Diccionario exegético del Nuevo Testamento a-k. Vol I. Salamanca: Sigueme, 2001. p. 1582.



La palabra hermenéutica se puede entender en tres niveles:

- Gramatical: interpretación en relación al lenguaje.
- Histórico: se refiere al contenido de estudio.
- Espiritual: se trata de comprender la obra en el espíritu total de su autor y de la época².

El sentido amplio del vocablo designa la ciencia o el arte de la interpretación, especialmente de las Sagradas Escrituras. Esta interpretación puede ser:

“interpretación literal o averiguación del sentido de las expresiones empleadas por medio de un análisis de las significaciones lingüísticas; interpretación doctrinal, en la cual lo importante no es la expresión verbal, sino el pensamiento. A veces se llama hermenéutica a lo que está expresado en símbolos, esta significación está estrechamente unida a la segunda en tanto que las expresiones que hay que interpretar son consideradas como expresiones simbólicas de una realidad que es menester penetrar por medio de la exégesis”³.

Friedrich Schleiermacher (el padre de la hermenéutica moderna) quien, en la mitad del siglo XIX, inicia la reflexión sobre la hermenéutica como disciplina autónoma y no como mera auxiliar de la exégesis bíblica y de la filología clásica, la define como “*el arte de comprender e interpretar un texto*”. Sin embargo esta comprensión ha de tener en cuenta también la genialidad del autor; según él, “*el intérprete (hermeneuta) debe tratar de entrar en la mente del autor mediante un acto de comprensión imaginativa y simpatética*”⁴, de esta manera el intérprete se identifica con el autor del texto a partir de un conocimiento previo que cada uno concibe del hombre y de la vida propia. “*interpretar es un arte... el buen ejercicio del arte se funda en el talento lingüístico y en el conocimiento individual de las*

² CORTI, Enrique. Bosquejo del vocablo hermenéutica (desde Schleiermacher hasta Heidegger). En : Stromata. Enero-Junio, 2000. Vol. 56, No. 1/2, p. 92.

³ FERRETER MORA, José. Diccionario de filosofía E-J. Barcelona: Ariel, 2002. p. 1622-1627.

⁴ Término que designa la completa sintonía con el carácter de una persona o con la característica de una cosa. (hoy llamado empatía)

personas"⁵ de esta manera se busca en el pensamiento aquello mismo que el autor ha querido expresar.

Wilhelm Dilthey define la hermenéutica como: *"la ciencia y el arte de comprender las expresiones de la vida fijadas por escrito... ya que interpretar los vestigios de una presencia humana escondida en unos escritos constituye el centro del arte de comprender"*⁶.

Para llegar a esta definición, Dilthey sostiene que la hermenéutica no es sólo una técnica auxiliar para el estudio de la historia de la literatura, sino que ha de ser también, el fundamento metodológico para todas las ciencias del espíritu (humanidades, teología, filosofía, historia, "ciencias sociales")⁷ que buscan comprender una individualidad histórica a partir de sus manifestaciones exteriores y no sólo explicar los fenómenos a partir de hipótesis y leyes generales, como lo hacen las ciencias puras. Dilthey afirma que la metodología de las ciencias del espíritu será una metodología de la comprensión, la cual consiste en *"re-crear en uno mismo el sentimiento vivido por el autor, partiendo de sus expresiones"*; así, la interpretación y la comprensión son una búsqueda de sentido y de expresión de la vida misma del autor⁸.

Después de ser un arte de la interpretación de textos y una metodología de las ciencias del espíritu, la hermenéutica se convertirá, con Heidegger y otros autores, en una filosofía.

Con Martin Heidegger cambiará el objeto, vocación y estatuto de la hermenéutica. Ya no sólo se remitirá a los textos o a las ciencias interpretativas sino a la existencia misma; ya no sólo se comprenderá en sentido técnico, metodológico o normativo, sino que se mirará desde la fenomenología; ya no sólo será una reflexión fundada en la interpretación, sino que será también un proceso de interpretación, una filosofía. De esta manera Heidegger habla de una hermenéutica

⁵ LEVORATI J, Armando. La hermenéutica de Schleiermacher. En: Revista Bíblica. Abril-Junio, 1997. No. 2, p. 77-115.

⁶ BASEVI, Claudio. Influjo de las corrientes ideológicas actuales en la interpretación de la biblia. En: Scripta Theologica. Septiembre-Diciembre, 1985, Vol. 17, No. 3, p. 833.

⁷ GRONDIN, Jean. ¿Qué es la hermenéutica? Barcelona. Herder. 2008. p. 18.

⁸ Ibid., p. 39-42.



de la facticidad (de la existencia concreta e individual) e historicidad (de la existencia en ser y tiempo) donde la interpretación no es nada más que la explicitación de la comprensión del ser y de su existencia⁹.

Esta nueva forma de interpretación de Heidegger fue asumida también por Bultmann, Gadamer, Ricoeur, Vattimo, quienes con sus reflexiones diferenciadas aportaron al desarrollo del pensamiento hermenéutico.

Rudolf Bultmann se aparta de la orientación psicologizante de la comprensión que hace Dilthey y sostiene que la comprensión ha de orientarse siempre al texto y no a la psicología del autor; esta comprensión está guiada por la precomprensión del intérprete, y fundada en la vida de quien comprende; por lo tanto para Bultmann no es posible comprender si no es participando en lo dicho: *“No puedo comprender a Platón si no es filosofando con él”*¹⁰.

Puede parecer arbitraria la decisión de cortar en este punto el análisis del significado de la palabra hermenéutica, que se ha desarrollado, pero pienso que ya está clara una visión general de la palabra; además creo, también, que los aportes hermenéuticos de Hans Georg Gadamer, Paul Ricoeur, Richard Rorty, Gianni Vattimo... están fundamentados en las propuestas de los autores ya desarrollados; una tercera razón sería que ya creo tener lo necesario para tratar de fundamentar los siguientes puntos de reflexión.

Podemos concluir que dos conceptos claves de la hermenéutica son: la interpretación y la comprensión; un punto de partida fundamental es el siguiente:

“el comportamiento humano... tiene la característica de ser comprensible por otros humanos y de poder comprender a estos... otro punto de partida de todas las consideraciones hermenéuticas es el “círculo hermenéutico”... se trata de que el sentido de algo sólo resulta comprensible en el

⁹ MAZA, Luis Mariano de la. Fundamentos de la filosofía hermenéutica: Heidegger y Gadamer. En: Teología y Vida. Enero-Junio, 2005, Vol. 46, No. 1/2, p. 123-130.

¹⁰ GRONDIN, Jean, Op. cit., p. 63-68.

contexto de un patrón mayor, a la vez que el sentido de ese contexto mayor se tiene que reconstruir a partir de sus partes. La parte y el todo se iluminan mutuamente... la palabra se comprende en el contexto de la frase, la frase en el contexto del capítulo, el capítulo en el contexto de la obra y la obra en el contexto de su tiempo; pero a la vez el contexto se comprende a partir del texto que es una parte constitutiva, el capítulo se comprende a partir de las frases, y las frases a partir de las palabras”¹¹.

b) *El Hermeneuta*

De la raíz griega ερμηνεω (hermeneuo) se desprende el término διερμηνευτηξ, ου, ο (diermeneutes) que se comprende como “*interprete o traductor*”¹². Hablaremos de hermeneuta e identificaremos como hermeneuta a aquel que se encarga de interpretar, conocer, comprender.

Scheleiermacher en su propuesta de la hermenéutica y particularmente hablando de la “congenialidad” que ha de existir entre el hermeneuta y el texto, deja entrever que:

“La congenialidad radica fundamentalmente en la aptitud del intérprete para re-crear la actividad creativa del autor. Una recreación tal es siempre necesaria, porque la interpretación (auslegung) de cualquier producto que la creatividad humana requiere, como condición previa indispensable, la comprensión (verständnis) del proceso creativo que lo ha engendrado, y esta comprensión a su vez, depende del talento para reconstruir (Nachkonstruieren) o reproducir (Nachbilden) el acto creativo originario”¹³.

Todo esto quiere decir que para entender al otro es necesario introducirse en él, hacerse en todo semejante a él, adentrarse en sus

¹¹ WEISS, Eduardo. Hermenéutica crítica, una reflexión metodológica, sociológica y epistemológica. En: Paideia. Año 1, No. 1, 2005, p. 2.

¹² BALZ, Horst; SCHNEIDER, Gerhard, Op. cit., p. 975.

¹³ LEVORATI J, Armando, Op. cit., p. 87.



formas de pensamiento e intenciones, en las circunstancias concretas de su vida y en su situación histórica, en sus formas de expresión y de representación. Esta identificación ha de hacerse en el conocimiento de la lengua, de la vida interior y exterior; de este modo el hermeneuta requiere un cierto parentesco espiritual con el autor.

“es obvio que Schleiermacher era consciente de los límites de esta equiparación, ya que nadie puede identificarse perfectamente con el otro. Pero si una identificación total es imposible, no por eso hay que dejar de reconocer, al menos en principio, que la identificación con la persona que se trata de comprender es la meta ideal de la intelección”¹⁴.

En una línea de comprensión similar a la anterior, Dilthey muestra al hermeneuta buscando el sentido de lo que se quiere interpretar en la vida del autor, de aquí que presuponga que las ciencias que implican una referencia a la historia puedan entrar en la vida psíquica del otro para comprenderlo; esto sin olvidar que al otro se le comprende por la mediación de los signos que lo expresan.

“Esta mediación no es solo indispensable para el conocimiento del otro, sino también para el sujeto que trata de captarse a sí mismo. Por el simple hecho de existir, yo soy yo mismo, pero si ser yo mismo es una experiencia inmediata, comprenderme a mí mismo es algo distinto. Sólo mediante el análisis psicológico puedo llegar a comprender la estructura de mi propia personalidad. O dicho con otras palabras: lo que yo soy para mí no es un dato inmediato; tengo que alcanzarlo a través de la objetivación de mi propia vida, y como sólo puedo comprenderme a través de los signos que doy de mí mismo y que me son remitidos por los demás, el conocimiento de mí mismo no es más fácil que el de los demás, es probable, incluso, que sea aún más difícil, ya que también a él se llega a través de signos. Por lo tanto, en uno y otro caso (es decir, en el conocimiento de uno mismo como en el conocimiento de los demás) la tarea de

¹⁴ Ibid., p. 87-88.

la interpretación consiste en reproducir y reconstruir una individualidad interpretando los signos objetivados”¹⁵.

Gadamer propone tres modelos de hermenéuta: el buen juez, el director de una obra de teatro y el traductor:

“El intérprete hermenéutico debe actuar como el buen juez que aplica las normas del derecho y las teorías jurídicas a un caso concreto, debe actuar como el director de una obra de teatro quien hace revivir el mensaje central de una obra (muchas veces escrita en una época y cultura distinta) para el público contemporáneo y debe actuar como el traductor de una lengua y cultura a otro”¹⁶.

Ahora apropiémonos de la palabra hermeneuta, ya no para seguir reflexionando sobre ella desde su sentido original, como intérprete de textos, libros, autores..., sino más bien para aplicar el término a la formación y especialmente a quien tiene la tarea de formar: al formador. En comparación a lo que hemos dicho, este debe tener las capacidades de saber interpretar la vida del formando desde su respuesta vocacional y desde su vida personal.

2. El formador “hermeneuta”

Según lo dicho anteriormente, empezaremos a cultivar este perfil del formador como aquél que tiene la capacidad de conocer al formando e interpretar los procesos de su desarrollo como persona (humanos y psicológicos) y como ser espiritual (vocacionales).

Desde la perspectiva del formador como hermeneuta toma un importante valor el tener en cuenta la supremacía que en la formación han de tener los procesos, y junto a esto la suma responsabilidad y compromiso del formador hermeneuta para comprenderlos, manejarlos y saberlos aplicar en la misma formación¹⁷.

¹⁵ Ibid., p. 106-107.

¹⁶ WEISS, Eduardo, Op. cit., p. 3-4.

¹⁷ Ante la indefinición de modelos, ambigüedad de objetivos, confusión en las etapas intermedias, pobreza metodológica... La Ratio Fundamental 30 nos deja ver la necesidad de formar a los formadores en las ciencias pedagógicas que les ayuden a aplicar y a saber llevar con profesionalidad los diferentes procesos formativos.



No se concibe la presencia de un formador en un seminario sin saber cuáles son los enfoques, modelos, corrientes, tendencias y lineamientos de formación con los que se quieren ayudar a discernir la respuesta a la llamada de Dios y el compromiso de la vida consagrada. Pues en ocasiones el formador está abandonado únicamente a su experiencia, adquirida a través de quienes fueron sus formadores, o a su sabiduría académica por los estudios realizados¹⁸, o a sus propias buenas intenciones y testimonio de vida o, peor aún, a sus propios caprichos y pareceres, olvidando que el primer formador es el mismo Dios Trinitario.

Hoy más que nunca, para enfrentar el mundo y sus realidades, en ocasiones desconcertantes, sus desafíos y sus retos, debemos preguntarnos como formadores: ¿comprendemos cuáles son nuestras responsabilidades con Dios, con la Iglesia, con la institución formativa y con el formando? ¿Hemos discernido qué es lo que nos corresponde como mediadores en la formación y que es lo que le corresponde a Dios como único formador? Al entrar a responsabilizarnos de la formación ¿conocemos los procesos y medios que enmarcan los modelos formativos? O, como a muchos formadores les pudo haber pasado, ¿también nosotros hemos empezado a asumir responsabilidades formativas sin prepararnos para ello¹⁹, sin tener conocimiento

¹⁸ La PDV 66 al hablar de los protagonistas de la formación sacerdotal enuncia generalmente toda la comunidad educativa del seminario, en esta comunidad distingue varias clases de formadores: “el rector, el director o Padre espiritual, los superiores y los profesores”; sin embargo hemos de distinguir particularmente los formadores de los profesores o educadores (distinción que hace claramente la congregación para la evangelización de los pueblos, en el segundo apartado del documento del 25 de abril de 1987: “*algunas normas sobre la formación en los seminarios mayores*” y que también sostiene las directrices sobre la preparación de los formadores en los seminarios en el numeral 49). Aunque también se consideren a los profesores directos responsables de la formación (en cuanto tienen una particular responsabilidad educativa), hemos de diferenciarlos de los formadores como tal, es decir, de aquellos que bajo su responsabilidad cae directamente asumir todos los procesos formativos, no solo los procesos académicos o intelectuales (a estos los llama moderadores la Ratio Fundamentalis 27). De aquí la importancia que cada Obispo dentro de sus casas de formación o seminarios se preocupen por saber diferenciar el formador preparado sólo para orientar y transmitir académicamente sus conocimientos (claro está que estos también deben tener un perfil especial para ser profesores en los seminarios, según lo advierte PDV 67 y la Ratio Fundamentalis 32-38) de los formadores preparados exclusivamente para vivir, acompañar, Interpretar, conocer y ayudar a discernir la vida de los formando.

¹⁹ Sería un grave error ocupar inmediatamente un sacerdote en la formación de los seminaristas, sin ofrecerle una preparación apropiada así lo da a comprender las directrices de 1993, ya citadas, en su número 48.

de los procesos y medios que se aplican en la formación, por un voto de obediencia al Obispo o al Superior, salvaguardando sólo la falta de quien por vocación quisiera ser formador y exponiéndonos a que los formandos terminen sus ciclos formativos sin asumir todo aquello que se espera que hayan asumido?

También nos podemos preguntar, ya no enfatizando en la realidad del formador, sino en la realidad de los procesos, ¿los procesos de formación que llevamos y orientamos en nuestros seminarios o casas de formación están respondiendo a las necesidades actuales de la formación? ¿Qué enfoque, modelo o corriente de formación estamos utilizando? ¿Los medios a los cuales recurrimos son los más eficaces y eficientes para responder a las necesidades de los formandos y para contrarrestar todo aquello que implica un desafío o reto hoy en la formación?

Por otra parte, es necesario decir que al hilo de cuanto se está haciendo, en general, a nivel de reflexión y de investigación teórica en el ámbito pedagógico- didáctico para encontrar nuevos paradigmas educativos adecuados a los diversos lugares destinados a la formación (en particular las escuelas y las universidades), también los formadores de los Seminarios y casas de formación tienen que hacer el mismo esfuerzo por concretar procesos, modalidades, medios, itinerarios y orientaciones que formen modelos más adaptados a las exigencias formativas del contexto actual.

Tratamos de comprender al formador como hermeneuta desde dos enfoques conscientes de que la formación es integral y el formando es uno; no queremos hacer dualidades que perjudiquen el objetivo único de la formación. Trataremos de iluminar al formador para que comprenda qué es lo que ha de interpretar y conocer, y por ende llevar a discernir al formando, acerca de la acción de Dios en su vida (el amor de Dios que llama); y también interpretar y conocer la acción de los procesos humanos en la respuesta al llamado de Dios (la libertad del hombre que responde a Dios en el amor).



a) El formador: “hermeneuta” de los procesos de Dios en la vida del formando

Tengamos en cuenta que los procesos de Dios, no sólo en el formando, sino en todo ser humano, vienen interpretados por la acción de Jesús en la vida de quienes le siguen (un claro ejemplo es el diálogo que entabla con la samaritana, su forma de llevarla al conocimiento de la verdad de Dios y de su vida). La vida de Jesús, sus palabras, sus obras, sus actitudes, sus gestos y signos, no son más que la manera en que Dios se encuentra con el hombre, la forma en que se revela y se da a conocer, la disposición para hacerse cercano; es Jesús que camina con nosotros, la Palabra de Dios, la encarnación de Dios y el camino perfecto para ir a Él.

De aquí que Jesús sea el modelo perfecto de formador hermeneuta de los procesos de Dios, es el Maestro del cual todos como formadores debemos ser discípulos, aprendiendo de Él su metodología, su pedagogía, su estilo... Gran labor tiene el formador de configurar primero su vida con la de Cristo para poder interpretar, iluminado como Jesús, por la Gracia del Espíritu Santo, los procesos divinos en la vida del formando.

La promesa de Dios mismo, a través del profeta Jeremías, es clara: *“les daré pastores según mi corazón”* (Jer 3,15). Partiendo de esta promesa es como el formador hermeneuta ha de interpretar todo aquello que parte del amor de Dios para quien Él ha elegido a ser pastor en medio de su pueblo, buscando ayudar a discernir todos aquellos procesos vocacionales que implican la manifestación divina en el formando. Por eso es necesario que el formador sea consciente y tenga la preparación y el conocimiento espiritual y vocacional para interpretar, acompañar y ayudar a discernir los procesos de Dios en la vida del mismo formando.

De esta manera el formador como hermeneuta debe cumplir algunos saberes o cometidos mínimos acerca de la interpretación de la naturaleza y exigencias de la vocación y del ministerio:

- Ha de saber interpretar, acompañar y ayudar al formando a discernir que la vocación es un diálogo entre el amor de Dios

que llama y la libertad del hombre que responde a Dios en el mismo amor (Jn 15, 16). Enfatemos en este punto y dejemos claro que la decisión libre y soberana de Dios de llamar a cualquier hombre al ministerio presbiteral exige respeto absoluto; por ende el formador como hermeneuta no puede, ni debe, confiar única y exclusivamente en las herramientas y decisiones humanas para discernir la vocación del formando. Como veremos en el siguiente punto, tales disposiciones y herramientas humanas sólo sirven de criterio para medir la libertad con que el formando responde al llamado amoroso de Dios²⁰.

"Sabemos que la vocación sacerdotal es un don de la gracia, una llamada gratuita que procede del amor divino, pues no se puede nunca considerar la vida sacerdotal como una promoción simplemente humana, ni la misión del ministro como un simple proyecto personal... Y precisamente para ser plenamente acogida y producir todos sus frutos, esta llamada requiere una formación que permita el desarrollo de todo lo que la Gracia ha sembrado...²¹".

- Ha de saber interpretar, acompañar y ayudar a discernir en el formando que toda vocación cristiana y, con mayor razón, la vocación ministerial, es un llamado gratuito del Padre Dios a través de su Hijo Jesús en la Iglesia y para la Iglesia²² formando, acompañado e iluminado por el Espíritu Santo, ha de responder gratuitamente desde su disponibilidad, libertad e identificación con Cristo. Gran reto y tarea tiene hoy el formador para lograr que el formando comprenda, asuma y viva sanamente el papel de la Iglesia en la formación a través de los seminarios y casas de formación (hoy debemos preguntarnos qué tipo de seminarios)²³,

²⁰ PDV 36.

²¹ JUAN PABLO II: La vocación sacerdotal es un don de la gracia. Meditación dominical del Papa a la hora del "Angelus" En: L'osservatore Romano. 10 de Diciembre, 1989, No. 50, p. 4.

²² PDV 35.

²³ Sin embargo, como hemos afirmado que la vocación es un llamado gratuito del Padre Dios a través de su Hijo Jesús en la Iglesia, nos podemos preguntar si la misma Iglesia a través de la cual nos llama Dios en su Hijo Jesús, ¿brinda, ofrece y proporciona actualmente las estructuras necesarias y modernas para discernir la vocación de los jóvenes de hoy? ¿están respondiendo los seminarios a la formación y discernimiento de la vocación como respuesta libre a Dios? Seguimos contando con pedagogías pesadas para los formandos, da la impresión que los seminaristas involucionan y no evolucionan, vemos neopresbíteros



pues es en estos, principal y primordialmente, donde, como institución, la Iglesia lleva a cabo el discernimiento de la vocación y de los procesos de Dios en la vida de los que en ellos se forman. Ya el Concilio Vaticano II afirmaba su importancia y necesidad: *“Los seminarios mayores son necesarios para la formación sacerdotal. Toda la educación de los alumnos en ellos debe tender a que se formen verdaderos pastores de almas a ejemplo de nuestro Señor Jesucristo, Maestro, Sacerdote y Pastor”*²⁴.

También en nuestra realidad eclesial latinoamericana lo ha señalado Aparecida: *“Un espacio privilegiado, escuela y casa para la formación de discípulos y misioneros, lo constituyen sin duda los seminarios y las casas de formación...”*²⁵.

- Ha de saber interpretar, acompañar y ayudar a discernir en el formando que la vocación es un llamado que se encierra en el misterio de Dios, el cual hay que interpretar y recorrer haciendo su desarrollo gradual: *“buscar a Jesús, seguirlo y permanecer en Él”*²⁶, aceptándolo bajo la opción libre y personal de la fe. *“la decisión vocacional es posible y auténtica solamente si es expresión de la madurez del acto creyente”*²⁷. Por esta razón es que el formador debe acompañar segura y lentamente el proceso de vida cristiana del formando. Algunos candidatos a la vida sacerdotal o consagrada llegan a los seminarios o casas de formación con una vida cristiana poco profunda, sin raíces suficientes para sostener su vida ministerial futura; es más, también hay que tener en cuenta que algunos formandos hay que ayudarles primero a tomar en sus manos su propia vida humana para poder fundamentar una

con reflejos de “adultescentes”, los formandos (y muchos presbíteros) están distantes de las realidades psicológicas, mentales y espirituales de la vida del común de la gente... Hoy necesitamos concientizarnos de la necesidad de buscar nuevos estilos de formación o renovar profundamente los que actualmente tenemos, ante la inminencia de cambio en la iglesia, y diría también de cambio en los ministerios ordenados, que reclaman nuevos modelos de presbíteros y por ende en la formación para ellos. Para fundamentación de esta última idea podemos escuchar a la Iglesia no sólo en su realidad jerárquica sino también en su última realidad de Pueblo de Dios. ¿Cuál es el presbítero que reclama hoy el pueblo de Dios?

²⁴ OT 4.

²⁵ DA 316.

²⁶ PDV 34.

²⁷ CENCINI, Amedeo. La historia personal cuna del misterio, indicaciones para el discernimiento vocacional. Madrid: Paulinas, 2004. p. 33.

vida cristiana, y por último una vida de seguimiento a través de la opción ministerial. El formador hermeneuta no debe entonces olvidar que el ponerse en camino con el formando es hacer poco a poco un desarrollo gradual de discernimiento vocacional enmarcado en el misterio de Dios que llama.

- Ha de saber interpretar, acompañar y ayudar a discernir en el formando que la vocación ha de llevar a vivir como los discípulos y apóstoles en el seguimiento de Cristo, quien lo separa y lo consagra para sí²⁸, y le invita a un proceso de conversión personal y comunitaria donde ha de experimentar las rupturas necesarias de su vida para configurarse con quien lo ha elegido a seguirle.
- Ha de saber interpretar, acompañar y ayudar a discernir en el formando que la vocación y la pertenencia al Señor crea una forma de vida marcada siempre *por el encuentro personal con Jesús*²⁹; como ejemplo tenemos Jn 4, 4–43 (encuentro con la Samaritana) Jn 3, 1–7 (encuentro con Nicodemo) Jn 1, 35–51 (encuentro con los primeros discípulos) Lc 24, 13–35 (encuentro con los discípulos de Emaús). Esta forma de vida se debe vivir en "*comunión*³⁰, *siguiendo radicalmente y configurándose con Jesucristo en la vivencia de la Buena Nueva...*"³¹ es acá donde se ha de ayudar al formando a interpretar el papel de los consejos evangélicos en esta misma vida de identificación y encuentro con Jesús.

El llevar a una vida marcada por el encuentro con el Señor, que compromete a vivir como apóstoles y discípulos suyos, implica hacer camino formativo de la mano, no sólo del formador como hermeneuta, sino también del director espiritual³² y a través de las áreas o

²⁸ SILVA RETAMALES, Santiago. De la identidad de Jesús a la vocación y misión de sus discípulos. Bogotá: CELAM, 2010. p. 40.

²⁹ DA 243-245.

³⁰ Ibid. 154-163.

³¹ BERZOSA MARTÍNEZ, Raúl. Vocación. En: Diccionario del Sacerdocio. Madrid: BAC, 2005. p. 784.

³² Junto al formador que interpreta los procesos de Dios en la vida del formando, juega un papel importantísimo el Director Espiritual, pues es éste, más que cualquier otro, el que ha de estar preparado en la capacidad de acogida, de escucha, de comprensión, de diálogo y ha de tener un conocimiento especial de las ciencias pedagógicas y humanas y sobre todo de la teología espiritual para llevar al formando a discernir cómo actúa Dios en la vida del que quiere seguirle en la consagración ministerial. Así lo sostienen las Directrices sobre la



dimensiones formativas que han de llevar a que el formando, como San Pablo, exprese: *“Ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí”* (Gal 2, 20).

De esta manera, las cuatro áreas de formación proporcionarán al formador, como hermeneuta de los procesos de Dios en la vida del formando, especiales herramientas y parámetros para hacer del formando un hombre de Dios (Área Humano–afectiva), integrado a su Palabra (Área Espiritual) y dispuesto a servir (Área pastoral-misionera) a todos su hermanos, especialmente a los más pobres y necesitados (Área comunitaria).

En el área humano–afectiva, el formador debe utilizar todas las herramientas disponibles para llevar al formando a que se identifique y procure reflejar en sí mismo la humanidad que brilla en el Hijo de Dios hecho hombre, transparentando las mismas actitudes de Jesús hacia los demás; teniendo como eje central el amor cristiano que deberá ser signo de una madurez afectiva que enmarque toda la persona a nivel físico, psíquico y espiritual³³.

El área espiritual deberá estar enmarcada en la búsqueda de una plena y total comunión con Dios a través de su Hijo Jesucristo; esta vida espiritual siempre ha de estar movida por el Espíritu Santo³⁴.

A través del área intelectual se habrá de profundizar la experiencia de Dios para una mayor adhesión y un mejor conocimiento de su misterio; de esta forma se alcanzará la inteligencia de la fe que, unida a lo espiritual y humano, repercutirá en la identidad del formando³⁵.

preparación de los formadores en los seminarios en su número 61 al colocar al Director Espiritual como aquel que debe brindar “un acompañamiento seguro en la búsqueda de la voluntad divina y en el acompañamiento vocacional... El Director Espiritual es, por consiguiente, un testigo de la fe, experto en el gradual y humilde reconocimiento del plan de Dios sobre la vida de sus hijos.” Dejemos claro que el Director Espiritual no debe confundirse con otros agentes formadores y que su papel no es tampoco hacer terapias de asistencia psicológica.

³³ PDV 43-44.

³⁴ PDV 45.

³⁵ PDV 51-55.

El área pastoral no será más que comunicar la vivencia de todo lo anterior en cualquier lugar donde deba, por el carácter misionero de la vocación, comunicar a Jesucristo Buen Pastor³⁶.

Básicamente son estos procesos divinos que todo formador debe tener en cuenta a la hora de colocarse en camino de discernimiento y acompañamiento vocacional al lado de los formandos. No olvidemos que si bien el formador debe llevar a comprender y vivir al formando estos procesos, también debe abrir el corazón del formando para abandonarse en la Gracia divina y dejar que ésta actúe en su propia respuesta.

b) *El formador "hermeneuta", intérprete, maestro y acompañante de la vida y de los procesos personales del formando*

Junto a los procesos divinos que ha de interpretar el formador, están todos aquellos procesos humanos, adheridos al ser intrapsíquico del formando, que el formador ha de saber interpretar, acompañar y ayudar a discernir, para que el mismo formando alcance la máxima libertad y pueda responder al llamado.

En este contexto el formador, consciente de su responsabilidad en el campo humano, debe estar preparado para saber utilizar las herramientas necesarias y disponibles de las ciencias humanas que lleven al formando a ser más libre y asumir con responsabilidad e integralidad su formación hacia el ministerio ordenado. Desde luego que no bastan las ciencias humanas, hay que apelar a las ciencias divinas, puesto que nos movemos en el campo de la fe, de la gracia y del misterio.

Es importante tener en cuenta el papel y la importancia de la psicología en la formación y su ayuda a través de medios terapéuticos para afianzar la disponibilidad, libertad y el compromiso de vida del formando.

Si es cierto que la vocación al ministerio ordenado ha de centrarse primordialmente en la actuación del Dios que llama, también

³⁶ PDV 57-59.



es cierto que hay que tener en cuenta que ese llamado exige una respuesta que invade toda la existencia del hombre concreto; por esto la respuesta del hombre exige adentrarnos en una antropología cristiana que ahonde las estructuras de quien quiere responder al llamado de Dios.

“La fe nos dice que somos creados en Cristo Jesús; que la Gracia no elimina ni sustituye la naturaleza, sino que la presupone, constituyéndola en el horizonte concreto sobrenatural en que ella es pensada por Dios y encuentra su sentido último y sintético; que históricamente la salva de la falta de sentido y de las heridas con que la ha marcado la historia del pecado, y la sume, la eleva y la conduce, con todas sus cualidades y dones a vivir la propia historia como historia de libertad y de amor. Por eso sería simplista y racionalista querer decidir toda vocación cristiana a partir de simples criterios humanos. Pero también, a la inversa, lo sería querer deducir, desde una criteriología presuntamente más sobrenatural, todo el significado cristiano de lo humano de la existencia”³⁷.

En este sentido, hemos de clarificar que todo recurso humano utilizado para el acompañamiento del formando debe enfocarse en hacerle más libre para responder totalmente al llamado de Dios y entregarse a Él con toda la integralidad de su ser³⁸. Pues la persona es creada en y para la libertad y todo elemento en juego en su configuración vocacional halla su propio sentido y valor en referencia a su libertad³⁹.

“La libertad es esencial para la vocación, una libertad que en la respuesta positiva se cualifica como adhesión personal profunda, como donación de amor... como oblación... no

³⁷ CITRINI, Tullio. Vocación (teología de la). *En*: Diccionario de pastoral vocacional. Salamanca: Sigueme, 2005. p. 1148.

³⁸ Así lo exigen los documentos que permiten en la formación la intervención de las ciencias humanas, especialmente de la psicología. Todo con miras a la libertad del formando para responder íntegramente al llamado. Cfr. *Orientaciones para el uso de las competencias de la psicología en la admisión y en la formación de los candidatos al sacerdocio*. 2. 5. OT 11. PDV 43-44.

³⁹ CITRINI, Tullio, *Op. cit.*

puede haber vocaciones, si no libres, es decir, si no son ofrendas espontáneas de sí mismo, conscientes, generosas, totales... ⁴⁰.

Ahora especificaremos el papel del formador hermeneuta a través de su ser intérprete, como maestro y como acompañante, diferenciando las exigencias en cada uno de estos campos.

- ***El formador "hermeneuta": Intérprete de la vida y de los procesos personales del formando***

¿Qué aspectos de la vida del formando ha de interpretar el formador, para que le lleve a ser más libre en su respuesta al llamado de Dios?

- El formador como hermeneuta debe tener claro que va a interpretar la vida y los procesos personales de un formando que es en sí mismo un misterio, que tiene un complejo mundo interior y en ocasiones también exterior, que en ocasiones no sabe ni él mismo porque actúa de tal o cual manera, que no se conoce suficientemente así mismo; un formando que no desarrolla plenamente sus potencialidades humanas para ser totalmente libre.
- El formador como hermeneuta debe tener claro que va a interpretar la vida y los procesos personales de un formando que es una persona concreta, de carne y hueso, libre, criatura de Dios, imagen de Dios vivo, capaz de hablar con Él, situado en un espacio y tiempo concreto, en un contexto familiar y sociocultural único, con una edad determinada, con una personalidad única e irrepetible, impregnado del mundo y de todo lo que le contiene, hijo de una época y de todo lo que la identifica.
- El formador como hermeneuta debe tener claro que va a interpretar la vida y los procesos personales de un formando que es una persona inmersa y movida por un mundo interior psico-fisiológico, psico-social y racional-espiritual, consciente e inconsciente, que actúa movido por sus propias necesidades y valores

⁴⁰ PDV 36.



(humanos y trascendentes), que toma decisiones en ocasiones fruto de su emotividad y en otras fruto de su racionalidad, que está dividido en lo que es y lo que ha de llegar a ser.

- El formador como hermeneuta debe tener claro que va a interpretar la vida y los procesos personales de un formando que es una persona en continuo desarrollo, marcado por etapas de vida que ha de vivir y superar⁴¹ (infancia y los primeros pasos, la niñez temprana, la niñez intermedia, la adolescencia, la edad adulta temprana, la edad adulta intermedia y la edad adulta tardía), acompañado de un desarrollo cognoscitivo y moral.

Es de suma importancia en este contexto de la interpretación que el formador ayude al formando a identificar, a profundidad, la raíz de las motivaciones que le llevan a tomar las decisiones radicales para su consagración en la vida religiosa o presbiteral. Aquí puede estar un buen apoyo para propiciar y garantizar la madurez integral del formando a la hora de vivir su ministerio en una comunidad.

- ***El formador “hermeneuta”: Maestro de la vida y de los procesos personales del formando***

Al hablar del formador “hermeneuta” como maestro de vida, es necesario enmarcarlo dentro de los conceptos que han de dar sentido

⁴¹ BENEDICTO XVI. Carta a los seminaristas. 18 de Octubre de 2010. [en línea]. [Consulta: 27 de Octubre 2010]. Disponible en: <http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/letters/2010/documents/hf_ben-xvi_let_20101018_seminaristi_sp.html> Quisiera hacer alusión a dos cosas: primero a lo proclamado por el papa Benedicto XVI en la carta dirigida a los seminaristas el 18 de Octubre de 2010: “*Los años de seminario deben ser también un periodo de maduración humana. Para el sacerdote, que deberá acompañar a otros en el camino de la vida y hasta el momento de la muerte, es importante que haya conseguido un equilibrio justo entre corazón y mente, razón y sentimiento, cuerpo y alma, y que sea humanamente “íntegro”.* Y segundo (teniendo en cuenta que lo que se exige en la formación inicial, también es aplicable a la formación permanente) quisiera llevar a tomar conciencia de la necesidad del acompañamiento personalizado a los sacerdotes en las tres últimas etapas de su vida de desarrollo humano (edad adulta temprana, edad adulta intermedia y edad adulta tardía). No es escaso ver los grandes problemas humanos causados por no saber integrar las necesidades humanas de esas etapas a la vida religiosa y consagrada (dificultades afectivas, temperamentales, de relaciones sanas...). No se ha buscado personalmente las herramientas espirituales y psicológicas profesionales, o no se brindan por parte de la Iglesia, para integrar estas etapas. Es necesario también aclarar que en la formación inicial en el seminario es muy difícil crear las bases para integrar estas etapas en la vida religiosa, pues hay que estar viviendo estas etapas para experimentar, enfrentar y superar las tensiones humanas que traen ellas mismas.

al ejercicio de la enseñanza, o más bien del ser del maestro; por ello es relevante hablar de educar y de formar. Sin embargo antes de ello también es de gran importancia saber a quién ha de educar y formar el maestro.

- **La originalidad del joven hoy**

El Padre Amedeo Cencini afirma que *"los jóvenes, si se les sabe provocar, responden con generosidad y entusiasmo"*⁴². solo hay que saber adentrarse en la originalidad del joven obviando todas aquellas premisas (que suelen resultar aburridas y hasta irrespetuosas para el joven) que comparan a los jóvenes de generaciones pasadas con las de hoy. Si bien es cierto, como en todas las generaciones, ha habido grandes problemas y dificultades en el mundo adolescente y juvenil, también lo es que presentan un gran material de trabajo en sí mismos, grandes recursos que hay que saber aprovechar a través del esfuerzo del formador y de los medios formativos.

El joven de hoy es totalmente original, como todos los jóvenes, y para saber entrar y comprender su mundo es necesario que el formador comprenda que este joven es hijo de la postmodernidad y de la globalización... pero es un joven que cree en la vida consagrada y por ello la busca; un joven fraterno que busca el sentido de su existir en la compañía, en la comunión, en la pluralidad, más no en la uniformidad. Un joven acogedor y espontáneo, normalmente sincero y honesto, generoso y dispuesto a compartir sus cosas y su tiempo, sensible a lo simbólico, con un marcado sentido de autonomía, flexibilidad y adaptación, tolerante, con sentido del humor y una gran actitud lúdica; quiere ser feliz y es más comunicativo y dialogante, más liberado de los prejuicios y más capacitado para las relaciones personales⁴³.

Es así, como lo afirma Aparecida, que hoy tenemos *"nuevos sujetos, con nuevos estilos de vida, maneras de pensar, de sentir, de*

⁴² CENCINI, Amedeo, Los sentimientos del Hijo: itinerario formativo en la vida consagrada. 4 Ed. Salamanca: Sígueme, 2003. p. 16.

⁴³ JIMÉNEZ ORTIZ, Antonio. Identidad y tarea del formador hoy: del desconcierto al compromiso. En: Proyección. Enero-Marzo, 1998, No. 188, p. 64-65.



percibir y con nuevas formas de relacionarse... productores y actores de nueva cultura"⁴⁴.

Esto implica, como lo exige el joven de hoy, tener formadores preparados: *"guías decididos que no tengan miedo de pedir una profunda conversión... y bien formados para esta tarea... que sean no sólo maestros y testigos, sino también que ejerzan un humilde trabajo de mediación: ponerse junto a ellos, dialogar sin imponerse, ayudarles a confrontarse..."*⁴⁵.

- Educar

Es sabido que el formador como educador debe velar por transmitir ciertos conocimientos intelectuales, teológicos, bíblicos, antropológicos, filosóficos, necesarios e indispensables en la educación del formando; sin embargo, es necesario y fundamental que el formador sepa, paralelamente, educar al formando en lo que él mismo es; educar en la verdad misma de la persona, de su ser, de lo que es como historia en su consciente e inconsciente para poder conocerse y realizarse lo mejor posible.

El formador para saber educar debe primero conocerse a sí mismo a fin de llevar a otros a que se conozcan, previendo que el mismo formador no vaya a hacer de sus formandos su propio retrato, sino que los eduque según lo que son ellos mismos; ha de ser capaz de mirar no sólo la conducta externa y las costumbres del formando, sino también de advertir sus sentimientos, motivaciones y actitudes interiores para ayudarle a descubrir las raíces y consecuencias de su madurez y para saber ayudar a resolver las dificultades más consciente y responsablemente⁴⁶.

Esta forma de educar es pasar del mero hecho de ser sincero, a la profundidad de la verdad, que se hace realidad en mi vida; es pasar de un solo descubrimiento de lo que siento, a la profundidad del reconocimiento de los sentimientos, necesidades, valores y mo-

⁴⁴ DA 51.

⁴⁵ CENCINI, Amedeo, Los sentimientos del Hijo, Op. cit., p. 19-20.

⁴⁶ Ibid., p. 52-54.

tivaciones que me llevan a actuar y a identificarme como discípulo en el seguimiento del Señor. También debemos decir que esta forma de educar exige paciencia y benevolencia infinitas, disciplina y disponibilidad completas de parte del formando y del formador.

- **Formar**

Paralelamente a tal educación personal se ha de ejercer la acción formativa, donde el formador debe proponer modelos concretos de ser, o formas que constituyan la identidad del consagrado; lo que es llamado a ser desde su respuesta vocacional. No se trata de omitir nada, sino de saber presentar una nueva y concreta dirección de vida, ello exigirá darse al máximo, tanto el formador como el formando.

El compromiso total del formador con la acción de formar, implica que sea capaz de transmitir la belleza y grandeza de Dios en el formando; por ello ha de ser un artista enamorado de lo que transmite y seguro de lo que quiere plasmar en el formando: la imagen y sentimientos del mismo Cristo; para ello contará con la educación traída de casa y con las cuatro áreas de formación, las cuales deben estar orientadas a este mismo propósito de formar la imagen y los sentimientos de Cristo. Si esta labor formativa se hace correctamente, el formando en su libertad sabrá transparentar el rostro y los sentimientos de aquel que lleva formado en su corazón y en su vida.

El formador debe ser consciente que esta tarea formativa no es nada fácil pues es *“una novedad que sorprende e intimida... que produce tensión y a veces insatisfacción, que exige cambiar actitudes y superar los viejos modos de vivir... que provoca resistencias y posturas defensivas”*⁴⁷ por parte del formando.

- ***El formador “hermeneuta”: Acompañante de la vida y de los procesos personales del formando***

Clarifiquemos en primer lugar que al hablar aquí de acompañante nos referimos al papel de caminar junto al formando para saber interpretar su vida.

⁴⁷ CENCINI, Amedeo, Los sentimientos del Hijo, Op. cit., p. 56.



Acompañar, como lo define el Padre Amedeo Cencini es *“Una ayuda temporal e instrumental que un hermano mayor en la fe y en el discipulado presta a un hermano menor, compartiendo con él un tramo de camino, para que pueda discernir la acción de Dios en él, tomar decisiones y responder a la misma con libertad y responsabilidad”*⁴⁸.

Este acompañar implica y exige en el formador tres características:

- **“Compartir real y físicamente la vida.** Para observar la conducta de alguien y llegar de ahí a sus actitudes, sentimientos y motivaciones, es indispensable vivir codo a codo con él y prestarle una atención inteligente.”⁴⁹ *“Saber escuchar, saber preguntar, saber hablar y saber callar”*⁵⁰.
- **“Ser competente.** ...además de tener sabiduría espiritual debe conocer el corazón humano y las leyes y la evolución psicológica. Es decir, todo lo que le permita intervenir para indicar no solo el punto de llegada, sino para percibir la verdad de la persona tanto a nivel consciente como inconsciente, para sugerir un método que solucione sus problemas y ayudarlo a que se deje formar por la acción del Espíritu, superando todas las resistencias y miedos que se le presenten... no se trata aquí de la competencia del psicólogo, sino del hombre espiritual que, precisamente por eso, se sirve también de las ciencias humanas para disponer su corazón a la acogida del espíritu”⁵¹.
- **“Hacer experiencia nueva.** Acompañar es también hacer o celebrar una experiencia, siempre nueva e inédita por ser experiencia de Dios, entre dos personas que han recorrido o están recorriendo un camino hacia Él. Acompañar es compartir la propia fe, la memoria de Dios, la experiencia de la lucha, de la búsqueda del amor a Dios... así, hermano mayor y hermano menor, ambos acompañados por el Espíritu de Dios caminando por el mismo camino”⁵².

⁴⁸ CENCINI, Amedeo, Vida Consagrada, itinerario formativo. Madrid: San Pablo, 1996. p. 59.

⁴⁹ CENCINI, Amedeo, Los sentimientos del Hijo, Op. cit., p. 59.

⁵⁰ CENCINI, Amedeo, Vida Consagrada, itinerario formativo, Op. cit., p. 109-114.

⁵¹ CENCINI, Amedeo, Los sentimientos del Hijo, Op. cit., p. 60.

⁵² Ibid.

Podemos agregar a estas características que el acompañamiento ha de hacerse desde el amor de Cristo, (como en el encuentro con la Samaritana o con los discípulos de Emaús) con paciencia, disponibilidad, generosidad y entrega denodada... todo esto con el fin de ayudar a vivir en coherencia, a la integración y personalización del formando y a la perseverancia en la respuesta vocacional⁵³.

Terminemos este apartado del formador como "Hermeneuta" diciendo, como ya lo hemos afirmado, urge la preparación seria y responsable de los formadores. A esta necesidad hoy están respondiendo instituciones que quieren brindar la mano en la preparación de quienes tienen la labor de formar los futuros presbíteros, religiosos y religiosas.

3. Perfil y competencias del formador "hermeneuta" para interpretar, enseñar y acompañar la vida del formando y sus procesos formativos

Desde el lenguaje pedagógico y educativo, al hablar de competencias nos referimos a las capacidades que tiene una persona para expresar sus conocimientos, y a las aptitudes para desarrollarse en su profesión y también vocación; las competencias se pueden identificar de acuerdo a lo estipulado para cada profesión. Podemos enumerar un sin número de clases de competencias: básicas, personales, profesionales, transversales, ciudadanas... El religioso o religiosa, que ejerce su ministerio como formador en seminarios o casas de formación, no es ajeno a identificarse con ciertas competencias que definan su perfil como formador.

Enumeremos algunas competencias generales, pues cada diócesis o comunidad demarcará las competencias particulares que un formador como hermeneuta ha de tener para ejercer su papel de intérprete, maestro y acompañante de los procesos de Dios y de la propia vida del formando.

⁵³ MOLLA, Darío. El Acompañamiento en los Procesos de Formación En: Sal Terrae. Octubre, 1994, No. 972, p. 746-748.



El Concilio Vaticano II, en el decreto “*Optatam Totius*”, al hablar de la idoneidad de los formadores aclara que estos “*han de prepararse diligentemente con doctrina sólida, conveniente experiencia pastoral y una formación espiritual y pedagógica singular*” (OT 5).

Las Directrices sobre la preparación de los formadores en los seminarios, en los numerales del 26 al 42, presentan las competencias comunes que debe tener todo formador.

- Espíritu de fe (hombre de fe).
- Sentido pastoral, (con la caridad del buen pastor, apasionado por el proyecto de Jesucristo).
- Espíritu de comunión.
- Madurez humana y equilibrio psíquico (equilibrio de la personalidad).
- Límpida y madura capacidad de amar (madurez afectiva).
- Capacidad para la escucha, el diálogo y la comunicación.
- Atención positiva y crítica a la cultura moderna (sensible a lo humano).

Junto a estas competencias también podemos señalar⁵⁴:

- Confianza y aceptación de sí mismo y de su propia historia.
- Hombre y maestro de oración.
- Capacidad de elaborar adecuadamente las frustraciones.
- Sólida formación intelectual, espiritual, teológica, psicológica y pedagógica.
- Saber valorar a los demás desde la aceptación, la acogida, el respeto, la confianza; saber brindar la ayuda, motivación, instrucción, saber controlar y coordinar, saber perdonar... saber comunicar la experiencia de Dios.

Con Aparecida podemos decir que el formador ha de ser un hombre de Dios: misericordioso, compasivo, servidor, consciente de sus limitaciones⁵⁵.

⁵⁴ Cfr. CADAVID, Álvaro. La formación intelectual de los formadores. En: Boletín OSLAM. Julio-Diciembre, 2002, No. 41, p. 27-38.

⁵⁵ DA 198.

Puede aparecer utópico encontrar un formador que reúna estas y muchas otras competencias, características o rasgos; sin embargo debemos ser conscientes de la necesidad de formadores que reúnan las máximas condiciones para llevar a cabo todo un acompañamiento formativo serio, que le permita al formando crecer en todas las etapas de su vida: espiritual, vocacional, humana, psicológica...; crecer integralmente para saber dar razón con su vida del discipulado que enmarca toda su existencia. Concluamos con las palabras del Papa Juan Pablo II quien afirmaba al respecto:

“Hay una fisonomía esencial del presbítero que no cambia: en efecto el presbítero de mañana, no menos que el de hoy, deberá asemejarse a Cristo... adaptarse a cada época y a cada ambiente de vida... por ello, por nuestra parte debemos procurar abrirnos, en la medida de lo posible, a la iluminación superior del Espíritu Santo, para descubrir las orientaciones de la sociedad moderna, reconocer las necesidades espirituales más profundas, determinar las tareas concretas más importantes, los métodos pastorales que habrá que adoptar, y así responder de manera adecuada a las esperanzas humanas”⁵⁶.

Según esta presentación del formador “hermeneuta”: interprete, Maestro y Acompañante de los procesos de Dios y de los procesos personales en la vida del formando, ratificamos la invitación al formador a prepararse en las competencias pedagógicas, conociendo a profundidad los paradigmas, enfoques, modelos, corrientes y tendencias formativas; prepararse en los elementos básicos para el conocimiento de la persona a través de la sociología, filosofía, teología, psicología...; prepararse espiritualmente para saber acompañar, teniendo a Cristo como modelo formativo. Todo esto para brindar al formando la libertad esencial y adecuada para saber leer su propia vida, su historia personal y para así poder responder al llamado de Dios y hacer un compromiso de vida radical en su seguimiento⁵⁷.

⁵⁶ PDV 5.

⁵⁷ CENCINI, Amedeo. Dios de mi vida: Discernir la acción divina en la historia personal. Bogotá: Paulinas, 2009. p. 44.